

Nos hemos olvidado de Dios...

Nos hemos olvidado de Dios...y estamos confundidos sobre nuestra naturaleza, qué somos en realidad. Pensamos que somos solo materia y que el placer es lo mismo que la felicidad, aunque la felicidad sea producida artificialmente por alguna sustancia. Hemos llegado a la conclusión de que el amor es lo mismo que tener relaciones sexuales, con quien sea, como sea, aun a la fuerza. Pensamos que la gente vale por lo que tiene. El que nada tiene... nada vale. No existen en última instancia ni la libertad ni la dignidad humana, mucho menos la trascendencia. Todo es un discurso romántico sin substancia real. La conclusión final es que todo termina con la muerte y que lo único que importa es "lo bebí y lo bailao."

Nos hemos olvidado de Dios...y vemos a nuestro prójimo como objetos que podemos usar a nuestro antojo para nuestro beneficio. Lo importante en la vida es lo que yo puedo lograr y la gente vale en la medida en que me ayuda a alcanzar mis metas. En otras palabras, los que me rodean no tienen ningún valor en sí mismos, si no el valor que mi conveniencia les otorga. Esto incluye a familiares y amigos. En última instancia todo mi compromiso es conmigo mismo. Sacrificarme por otros es impensable. Tengo una sola vida y la quiero para mi. Después de mi, el diluvio.

Nos hemos olvidado de Dios... y no aceptamos límites a nuestra conducta. No existen valores absolutos y toda moral es relativa. Lo único que es absoluto es mi deseo y sólo yo soy el juez final sobre mis actos. Si algo me gusta es legítimo, particularmente en nuestra sexualidad. La única ley que me gobierna es mi subjetividad. Cuando lo que yo deseo

está en conflicto con lo que desea otro, entonces el árbitro final es la fuerza, no la justicia. Puedo oprimir a otros sin sentirme culpable. La única vida que tiene valor es la mía. A fin de cuenta no existe ni bien ni mal. En última instancia, no hay nadie a quien rendir cuentas.

Nos hemos olvidado de Dios... y hemos perdido toda esperanza. A los que enterramos les decimos hasta nunca. Cuando el maltrato a nuestro cuerpo producido por los excesos de nuestra conducta nos pasa la factura, lo único que nos queda son las medicinas para la ansiedad, para la depresión y para el dolor. Nos acompaña la soledad porque hemos herido a todos los que hemos tenido cerca. Queda la alternativa del suicidio, que puede ser lento a través del alcohol y las drogas, o puede ser rápido a través de una bala. No existe un Ser que sea más poderoso que nuestras circunstancias y que pueda escuchar el grito desgarrador de nuestra alma, si es que alguna vez supimos orar. La realidad última no tiene propósito ni compasión. Estamos solos. El Todo surgió de la Nada...

Nos hemos olvidado de Dios... del verdadero Dios y hemos creado dioses de acuerdo a nuestra semejanza que justifiquen nuestra conducta. No nos interesa el Dios que se revela así mismo a través de la Biblia. No estamos interesados en un Dios a quien servir, a quién llamar Señor o Dueño. Queremos un dios que sirva a nuestros propósitos. Nuestras oraciones son exigencia. Pretendemos controlar su voluntad y su poder con nuestras palabras. Le damos limosnas de nuestro tiempo y de nuestro dinero. El colmo es creer que Jesús fue a la cruz para que seamos felices... prosperados dicen algunos!

Nos hemos olvidado de Dios... pero Él no se ha olvidado de nosotros!
“A los que le recibieron, a los que creen en su nombre, Jesús, les dio el poder de ser hechos hijos de Dios.” “¡Búsquenme y vivirán!”

Decídete.

Dr. César A. Vázquez Muñiz

5 de septiembre de 2016